

ENSAYO

EL NUEVO MUNDO: GESTA MENOR DEL MOMENTO CASTELLANO*

Claudio Veliz**

¿Por qué las Indias no americanizaron a España? ¿Por qué el descubrimiento, conquista y colonización devinieron en un monólogo? Tres razones fundamentales —sostiene Claudio Veliz en el presente ensayo— permiten explicar la escasez de preguntas, y por tanto de respuestas, que suscita en el conquistador la empresa indiana. La primera de ellas es que Castilla y España, durante el proceso de gestación de la nueva sociedad en las Indias, estuvieron preferentemente ocupadas en lo que constituía la gesta mayor de esa etapa histórica: la Contrarreforma. La segunda atañe a las culturas precolombinas; al no estar éstas en condiciones de hacer preguntas que requiriesen contestación, no ofrecieron un desafío. La tercera es que España, absorta en su monólogo, tampoco hizo preguntas, abocándose entonces a "reconstruir en las Indias la única sociedad que le era familiar (...) y sobre cuya justeza no tenía dudas".

* Este artículo está basado en una presentación hecha ante el simposio sobre "El descubrimiento de Occidente", realizado en Sevilla en abril de 1992, con auspicio de la Fundación San Telmo y la Universidad Complutense de Madrid.

** Ph. D., London School of Economics. Profesor de Historia y Director de University Professors de la Universidad de Boston; Profesor Emérito de la Universidad de La Trobe. Ex director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. De sus numerosas publicaciones, cabe mencionar *Historia de la Marina Mercante de Chile* (Santiago, 1961) y *The Centralist Tradition of Latin America* (Princeton, 1980).

Desde la Hispanoamérica, y en 1992, es difícil no ver buena parte del horizonte de la grandeza de España ocupado por los afanes del descubrimiento, la conquista y la colonización de las Indias. No escasean en esta temporada de celebraciones, como no han escaseado en el pasado ni faltarán en el futuro, quienes piensen que prácticamente todo lo que aconteció en España luego de Colón, Cortés y Pizarro, incluso los logros del Siglo de Oro, fueron consecuencia, si no exclusivamente de un torrente de metales preciosos, entonces de la arrogante confirmación de una vocación triunfalista que alcanzó plenitud en las Indias, o de los muy particulares beneficios con que en este mundo son recompensados a veces el celo espiritual y el proselitismo piadoso y bien intencionado o, en general, del feliz rescate por las Indias de una idea imperial que ya había naufragado en Europa. Al mismo tiempo, no se vacila en explicar la decadencia de España como resultado de la negación de todos y cada uno de estos factores, categorizando, por consiguiente, tanto la prosperidad como la pujanza del momento imperial, como consecuencias marginales de la empresa ultramarina.

Concuera con esta apreciación una impaciencia apenas disimulada respecto de lo que pareciera a primera vista una especie de irresponsabilidad castellana frente a las culturas de los pueblos conquistados; irresponsabilidad, esto es, en cuanto ausencia de respuesta, o del deseo de responder.¹ Ya nos hemos acostumbrado a pensar, siguiendo a Toynbee, que los pueblos sobreviven, prosperan o se derrumban, según posean la capacidad de sobreponerse, es decir, de responder, a los desafíos que depara el devenir histórico, y que con tanta frecuencia asumen el carácter de interrogantes planteados por tal o cual circunstancia, encrucijada o coyuntura. Los vocablos "respuesta" y "responsabilidad" comparten la misma raíz etimológica, y no tiene nada de asombroso que se suponga que quien asume una responsabilidad, se compromete a responder; es responsable quien responde; quien enmudece y se queda sin respuesta, ya sea porque así lo desea, o por

¹ Desde luego, durante las etapas tempranas de la europeización del Nuevo Mundo, esta aparente "irresponsabilidad" fue más castellana que española. No está de más notar que desde el punto de vista administrativo y político, las Indias fueron originalmente un feudo de la corona de Castilla y no una provincia ultramarina de una entidad política española. Más aún, los descubridores, conquistadores y pobladores del Nuevo Mundo fueron en su inmensa mayoría oriundos de una Castilla cuya preponderancia contemporánea en la península era abrumadora. Si no se equivocó Nebrija al explicar que la lengua es hacedora de imperios, entonces el uso correcto debería ser "Imperio Inglés" en un caso, e "Imperio Castellano", en el otro.

cualquier otra razón, corre el riesgo de ser descrito como irresponsable, huérfano de respuesta, o carente de la voluntad de responder. Quien calla, otorga; pero además está el problema de aquellos que permanecen silenciosos porque nadie les pregunta nada.

Miradas las cosas de este modo, me parece ver abierto el camino para presentar una hipótesis de trabajo que explica, si no justifica, la ausencia de respuestas, como una consecuencia sensata de la falta de preguntas, tanto por parte de los conquistadores como de los conquistados. El notable evento histórico deja así de ser un diálogo, y pasa a transformarse en monólogo, heroico, magnífico, memorable, de gran momento, pero así y todo, monólogo. El problema a resolver, por consiguiente, no es el de la falta de respuestas, sino el de una ausencia de desafío o, dicho en otras palabras, el de la escasez de preguntas.

¿Por qué enmudecen Castilla y España en el Nuevo Mundo? ¿Cómo se explica el silencio, o la indiferencia, con que casi sin excepción reaccionaron quienes cruzaron a las Indias, frente a los monumentos de las culturas precolombinas, ante el paisaje tremendo y novedoso, la fauna hasta entonces desconocida, la misteriosa flora? La España del Siglo de Oro estuvo adornada por uno de los más nobles y decisivos momentos de la historia de las artes visuales de la modernidad europea, pero no hubo en aquel gran panorama de todo lo que importaba, lugar ni siquiera pequeño para lo de las Indias. No fueron reclutadas las acabadas técnicas pictóricas para representar las vastas fortalezas del litoral peruano, ni las pirámides del Yucatán, ni los paisajes diferentes y abrumadores de los reinos castellanos de ultramar.² Esas mismas técnicas, sin embargo, viajaron a los virreinos de Indias y ayudaron a generar tradiciones pictóricas que, siguiendo el patrón peninsular, se volcaron al retrato y a la pintura devocional culminando en la formación de escuelas tales como la quiteña y la cuzqueña, que hasta hoy día reclaman nuestra admiración. La más breve visita a una pinacoteca de arte colonial revela obras de esta clase, cuya riqueza y categoría técnicas asombran tanto como la ausencia de cualquiera referencia al paisaje y la arquitectura de los reinos de ultramar.

² Es justo anotar que, desde antes del Siglo de Oro hasta el ocaso de la Ilustración, el paisaje no tiene entrada en la pintura española. Sólo con la influencia abrumadora de los impresionistas franceses surgen modalidades paisajistas que, aun cuando derivadas de aquéllos, alcanzan algún brillo local. Antes de esto, quizás la única tela que pueda llamarse paisaje, no lo es, puesto que aquella vista de Toledo que ejecutara El Greco es hartos más retrato de ciudad que paisaje de la naturaleza.

Es imposible ignorar el hecho fácilmente demostrable que un extranjero visitando la España de 1621, el año en que el joven Felipe IV ascendió al trono y cuando el régimen imperial de las Indias ya estaba firmemente consolidado e institucionalizado, se hubiera visto en apuros para encontrar en la arquitectura, la escultura, la ebanistería, el diseño de parques y jardines, o cualquiera de las artes decorativas, algo visible, siquiera un vestigio, aparte, por supuesto, de la moneda circulante, que sugiriera que aquel país era cabeza de un imperio bajo el cual estaban sujetos tanto el esplendor de las satrapías aztecas como las vastedades del Tahuantinsuyo y la magnificencia castrense de Chan-Chan, Nazca y Pachacamac.

Las poquísimas excepciones a esta afirmación general no sólo la contradicen, sino que afianzan su sentido esencial. Abundantemente conocidos son, por ejemplo, los muy batallosos lienzos con que el conde-duque de Olivares hizo cubrir los muros del palacio del Buen Retiro —hacia las medianías de la década de 1630— para celebrar victorias militares españolas contemporáneas por las cuales estaba muy dispuesto a aceptar responsabilidad. Los más de estos triunfos tuvieron lugar en Europa, entre otros, por ejemplo, la rendición de la plaza de Breda, en Flandes, inmortalizada por Velázquez, pero también había cuatro cuyo escenario fueron las Indias; a saber, la expulsión de los holandeses del puerto de Bahía, de Juan Bautista Maino; la retoma de la isla antillana de San Cristóbal (St. Kitts), de Félix Castelo; la expulsión de los holandeses de la isla de Puerto Rico, y la captura de la isla de San Martín, ambas ejecutadas por Eugenio Cajés.³

Estos cuatro triunfos indios justificaron la comisión de obras pictóricas de envergadura, no tanto por su dudosa importancia militar, sino porque la corona pasaba por severos aprietos y estaba muy necesitada de grandes victorias. Sabedor de que cuando escasean las grandes victorias, siempre es posible agrandar las pequeñas, el poderoso conde-duque procedió a crear un panteón de triunfos españoles inmortalizados por algunos de los más talentosos pinceles de la época. Las referencias a las Indias no fueron, por lo tanto, la consecuencia de una nueva y mejor apreciación política o cultural de lo que allí había estado ocurriendo, sino que de la imaginación y del ingenio propagandístico del favorito.

³ Jonathan Brown y J. H. Elliott, *A Palace for a King, The Buen Retiro and the Court of Philip IV* (Yale University Press, 1980), pp. 164-166.

Desde luego, apenas hace falta indicar que ninguno de los artistas mencionados viajó al Nuevo Mundo para pintar el escenario topográfico de aquellas victorias que hoy sabemos fueron en realidad tan insignificantes como efímeras. Por ejemplo, los holandeses cuya expulsión de Bahía ilustró Maino en su conocido cuadro, ahora en el Museo del Prado, retornaron sin mayores dificultades, y hacia 1635, cuando la tela fue ceremoniosamente colgada en el Buen Retiro, ya llevaban cinco años en tranquila posesión del puerto brasileño. La importancia de la retoma del islote de San Martín es harto más tenue. El Consejo de Indias recibió inteligencia de que una treintena de holandeses se había instalado en aquel inhóspito lugar y aprovechando que el marqués de Cadereita cruzaba a las Antillas con una flota de diez galeones, le encargó la expulsión de los intrusos. Bien acompañado por mil seiscientos guerreros, el marqués atacó a los treinta holandeses, quienes se rindieron luego de resistir un asedio de ocho días.⁴ La captura de St. Kitts fue algo por el estilo. No cabe ninguna duda de que don Fadrique de Toledo, personaje cuyo retrato domina el lienzo, también en el Museo del Prado, desalojó a una pequeña banda de aventureros ingleses y franceses en 1629, como tampoco la hay de que habiendo dejado la isla desguarnecida, estos malandrines retornaron al lugar poco después y, desde luego, muchos años antes que el pintor Félix Castelo pusiera manos a la obra para conmemorar el peregrino triunfo.

Tan decidora como la presencia de estos lienzos mendaces en los muros del Buen Retiro fue la de los escudos de armas de los virreinos del Perú y de Nueva España entre los veinticuatro que adornaron el "Salón de los Reinos" del nuevo palacio. Este gesto, de un simbolismo aparentemente amable e intrascendente, obedeció también a los propósitos del ministro, quien abogaba entonces por la adopción de una política de "Unión de las armas", basada en la racionalización y el aumento considerable de las contribuciones materiales y humanas de todos los reinos y regiones para cubrir los crecidos gastos ocasionados por la defensa del imperio. La inclusión de los virreinos apenas si pasó de ser otro ardid propagandístico que buscaba asociar la legendaria riqueza indiana con aquel intento de prorratear los gastos militares de la corona.⁵

Esta discrepancia enorme entre escaramuzas de escasa importancia y la grandilocuente conmemoración decretada por el poderoso cortesano, merece tanta atención como el hecho de que la presencia de los cuatro

⁴Brown y Elliott, *Palace for a King*, p. 166.

⁵Brown y Elliott, *Palace for a King*, pp. 169-170.

batallescos, así como la de los escudos virreinales, fueron ambas consecuencia de circunstancias políticas europeas enteramente ajenas a influencias de las Indias. En el espejo enorme de aquel Siglo de Oro en que el genio español descolló precisamente en las artes visuales, el único lugarcillo para el Nuevo Mundo hay que encontrarlo en las patéticas mentiras instrumentales del favorito.

En otros aspectos, Brasil es casi siempre la excepción, pero aquí concuerda con la modalidad castellana, puesto que luego de más de cien años de colonización que aparentemente no produjeron ninguna pintura, dibujo o bosquejo que sobreviva, de las grandes selvas y ríos, o de las extrañas formaciones geológicas de la costa, bastaron dos décadas de ocupación holandesa de Pernambuco para generar la casi totalidad de los paisajes que tenemos de las posesiones lusitanas en el Nuevo Mundo del siglo diecisiete. El caso de Portugal es asimismo excepcional, pero en sentido adverso, puesto que la existencia de ejemplos notables de arquitectura portuguesa que reflejan vivamente la influencia de motivos exóticos, realza el contraste con la de España, en que tales influencias no aparecen por ninguna parte.⁶

La comparación es decidora entre esto y lo que hubiera observado un visitante medianamente curioso en la Inglaterra imperial de 1837, el año de la coronación de la joven reina Victoria. Tal viajero no habría podido moverse por la isla sin encontrar atisbos culturales, algunos sutiles, otros abrumadoramente visibles, cuya existencia sólo podría ser explicada en función de la existencia del imperio ultramarino de los ingleses. Hubiera sido entonces virtualmente imposible no toparse con los muebles diseñados por Thomas Chippendale, o con isleños bebiendo "té inglés", o fumando "tabaco inglés", mientras otros se deleitaban contemplando *les jardins anglochinois*, o admirando la excéntrica arquitectura de Sezincote o la aún más extraordinaria hechura oriental del pabellón real que Jorge IV hiciera construir en el balneario de Brighton.

Las explicaciones fáciles y populares de tan claro contraste tienden a atribuir a los ingleses una sensibilidad que se les niega a los castellanos,

⁶ Desde luego el estilo *Manoelino*, tan memorablemente ilustrado en la Torre de Belem y la iglesia de los Jerónimos, en Lisboa, no tiene contrapartida en España. Esto tiene singular importancia, puesto que los motivos decorativos de estos edificios son enfáticamente náuticos y exóticos, justificando ampliamente la impresión de que reflejan tanto la influencia de los grandes descubrimientos como la de las arquitecturas de las regiones visitadas por los navegantes lusitanos. Patrick Conner, *Oriental Architecture in the West* (Londres, 1979), pp. 11-14.

y a resucitar leyendas, algunas doradas y otras negras; las primeras acerca de paraísos de prosperidad y alegría comunitaria, artesanías pintorescas y entretenciones folclóricas amables; las otras, negrísimas, acerca de los siglos de represión, obscurantismo y penurias que acompañaron al supuestamente tiránico y melancólico imperio español en las Indias.

Aparte de exigir credulidades y sugerir animadversiones poco comunes, tales explicaciones están basadas sobre un supuesto inadmisibles, esto es, que la condición española definitiva, en cuanto define su destino histórico, es estar de espaldas a Europa. Sobre este error macizo debe necesariamente descansar la tesis que otorga categoría de proeza mayor a la empresa de las Indias, restándoles importancia a las que en realidad lo fueron, y sobre las cuales se fundan tanto la nacionalidad como la explicación de la proyección cultural española en el mundo moderno. Lo medular del problema, sin embargo, está en que para entregar el galardón de mayúscula proeza a la invención de América, antes hay que quitárselo a la reconquista y la contrarreforma, las dos gestas mayores de la nación española, cada una a su manera y en su circunstancia, ofreciendo una respuesta maciza y entroncada en el "deseo argumental" de ser europeo del único pueblo del continente que lo es por decisión y no por accidente de la geografía. Como lo indicara Julián Marías en su *España inteligible*, "donde los árabes pusieron la planta, allí se quedaron..." menos en España, y es por esto que es posible afirmar que España es más europea que ningún otro país. ¿Por qué? Pues porque los países europeos lo son porque no pueden ser otra cosa; porque tal es su condición. Holandeses, franceses, alemanes e italianos se verían en apuros tratando de encontrar una alternativa, pero España la tuvo y la rechazó. "España es europea porque lo ha querido". La reconquista es la primera gesta europeizadora de los españoles, y estuvo animada por la voluntad de ser cristianos, cosa que en aquellos siete siglos de lucha que desembocaban en Granada, quiere decir europeos y occidentales.

Si tal se puede afirmar de la reconquista, con cuanta mayor razón de la contrarreforma, puesto que si bien es muy difícil ignorar la magnífica conjunción que marca al *annus mirabilis* de Granada, Nebrija y Colón, no son pocos los que no han notado que Martín Lutero clavó sus tesis en Wittenberg dos años antes que Cortés desembarcara en México y catorce antes que Pizarro pusiera pie en el Perú. Así fue como, desde el comienzo de las grandes etapas de la empresa ultramarina, los asuntos europeos compitieron exitosamente con los de América por capturar y retener la atención de España, invitando comparaciones entre la facilidad con que algunas docenas de aventureros deshicieron cuanto imperio indiano en-

contraron en su paso, con el severo desafío luterano que aun cuando intelectual y religioso al comienzo, devino político y militar a no mucho andar y terminó por imponer una redefinición de las fronteras conceptuales del mundo moderno. Estos no son temas susceptibles de resoluciones cuantitativas; sin embargo, no carece de significado el que en 1643 las bajas sufridas por los tercios en el desastre de Rocroi, fueron más numerosas que la población española de las capitales virreinales.

Vista desde la España del emperador Carlos y del rey Felipe, la reforma luterana no sólo amenazaba la unidad de la cristiandad, sino que aparecía dirigida precisamente a dismantelar los cimientos de una nacionalidad forjada a través de siete siglos de afirmación religiosa y cruenta lucha contra los invasores musulmanes. Ni la personalidad de los monarcas ni las condiciones culturales del momento eran tales que hubieran tolerado una respuesta pasiva ante semejante desafío. No puede caber la menor duda que la participación española fue decisiva, tanto en el diseño del edificio conceptual de la contrarreforma, como en su realización; tanto en la concepción filosófica de la contestación católica, como en la militancia jesuita, el celo meticuloso del Santo Oficio, la sesuda deliberación de Trento y la enérgica incorporación de los nuevos regímenes educacionales, de las artes visuales, incluso del culto y su ritual, a los nuevos usos de la propaganda espiritual.

La reconquista es la experiencia formativa principal del medioevo castellano, y la contrarreforma, la creación cultural dominante de la España moderna. El vigoroso contraste entre estas vivencias definitivas de la nacionalidad española y la esterilidad cultural asociada con la experiencia indiana no puede ser ignorado. Para evidencia basta notar el sello inconfundible y persistente que España imprimió respectivamente sobre las precisiones y elegancias del mudéjar y las generosas simetrías del barroco católico, en ambos casos, más que arquitecturas o modos ornamentales, estilos de vida que buscaron, y encontraron, adecuada y brillante expresión artística en los modos arquitectónicos, políticos, religiosos y conceptuales que caracterizaron sus respectivos e inmensamente memorables apogeos. No es tarea fácil descubrir un aporte cultural comparable asociado con el momento español en las Indias. Desde luego, es virtualmente imposible señalar uno al que, con legitimidad exenta de providencialismos histriónicos, pueda asignarse una proyección comparable a la del barroco y el mudéjar en la formación cultural de los pueblos de habla hispana.

Se yerra gravemente al suponer que hacia las medianías del siglo dieciséis las Indias constituían la preocupación principal de los españoles y que la falta de respuesta a este desafío ofrece evidencia de ineptitud,

irresponsabilidad o sordera. La verdad es harto más sencilla, y mucho más acorde con la disposición de Sancho que con la del Quijote; la misma castiza experiencia que aconseja caridades por casa antes que por esas tierras sugiere asimismo que si de clasificar desafíos se trata, hay que ocuparse primero de los más cercanos. Esto es precisamente lo que los hechos de la historia de España exhiben de modo incontrastable. No podía haber vacilación por parte de la corona, ni la hubo, en asignar prioridad a la resolución de los problemas generados por el gran enfrentamiento en el corazón de Europa sobre aquellos otros, relativamente marginales y decididamente lejanos, que afloraban en las Indias de Castilla. Es también muy claro que los quehaceres de la contrarreforma tenían necesariamente que llevar a un adentramiento intelectual y político en lo europeo. Pretender encontrar soluciones en otras latitudes hubiera sido caer en un error tan mayúsculo como insensato; hubiera sido imaginar que la rebelión luterana podía ser ahogada en oro. Más aún, es incluso posible argüir que el flujo de metales preciosos, lejos de constituir un apoyo crucial, primero detuvo, y más adelante retardó irremisiblemente, el proceso de crecimiento económico de España.

La continuidad cultural que vertebra la historia de Castilla y de España procede a una reconquista europeizante y lleva a una contrarreforma que adentra a los españoles en Europa, armados de aplomo espiritual y autoridad política sin precedentes. Las circunstancias fueron excepcionales; no se trataba de convertir infieles ni rescatar santos lugares, sino de salvar la unidad e integridad de la Iglesia cristiana cuando Roma vacilaba y no había príncipes católicos inmensamente ansiosos o capaces de aceptar el liderazgo. En esta encrucijada definitiva, España asumió con vigor el papel protagónico de campeón de la cristiandad. Planteada esta cruzada, la gran aventura indiana constituyó una distracción llena de sorpresas, muchas de ellas agradables, en la secuencia que va de la reconquista a la contrarreforma, pero ninguna de tan extraordinario peso que hubiera podido disuadir a España o impedirle de invertir sus mejores esfuerzos y recursos en la defensa de la religión amenazada.

Entre las razones de peso que ayudan a explicar la ausencia de diálogo entre España y las Indias es imprescindible mencionar el que la metrópoli tenía la atención puesta en otra parte; pero es importante, además, notar el sobrio hecho que en las circunstancias del momento histórico el único desafío que las culturas indianas estaban en situación de plantear era de carácter militar, y éste resultó ser absolutamente ineficaz, salvo en el Flandes indiano de la Araucanía. En esa gran frontera de guerra se gestó el único diálogo plausible del proceso cultural de la conquista, y hay que

ser muy temerario para menospreciar la influencia de aquella larga y angustiosa guerra en la formación de la nación chilena. Tanto o más difícil es ignorar la relación entre aquel diálogo singular y el tema central de las pocas obras literarias contemporáneas de alguna importancia referentes a las Indias, ciertamente incluyendo *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y Zúñiga; *Purén indómito*, de Fernando Alvarez de Toledo, y los dos *Arauco domado*, de Pedro de Oña, y de Félix Lope de Vega y Carpió. En ningún otro terreno, ni en lo espiritual y religioso, ni en lo filosófico o en lo político, menos aún en lo económico y científico, existió mayor posibilidad de plantear preguntas —desafíos— y esperar respuestas. Incluso con todas las limitaciones del caso, el único diálogo cultural con proyecciones surgió de las igualdades y equivalencias que prosperan en los campos de batalla y, así y todo, éste estuvo en todo momento severamente circunscrito a la región afligida por el choque armado. En el resto de las Indias, la voz de España se escuchó sin interrupción ni mengua durante todo el período imperial.

Lo que el Nuevo Mundo pareció presentar ante la monarquía moderna de los españoles fue virtualmente una *tabula rasa*, sobre la cual era posible diseñar reinos de Indias exentos de lastres feudales, disidencias religiosas e intereses distantes de aquellos que la corona estimaba del bien común. Con o sin causa suficiente, el trasplante cultural fue llevado adelante con energía y sin falsa modestia; España europeizó al Nuevo Mundo; las Indias no americanizaron a Europa.⁷

En suma, la ausencia de diálogo se debió en primer lugar a que la empresa indiana fue una gesta menor del momento castellano. Durante el proceso formativo de la nueva sociedad en las Indias, Castilla y España estuvieron ocupadas preferentemente con una contrarreforma que reclamaba atención en el corazón de Europa y que merece abundantemente ser considerada la proeza mayor de aquella etapa histórica. En segundo lugar, porque no hubo desafío americano; las culturas precolombinas no estaban en condiciones de articular preguntas que requirieran contestación; España y Castilla enmudecieron porque nadie les preguntó nada. En tercer lugar, porque España tampoco preguntó nada; ensimismada en su monólogo, se

⁷ Hay quienes proponen que, por el contrario, la americanización de Europa se inició inmediatamente después del descubrimiento a través de la adopción en el Viejo Mundo de algunas plantas oriundas de las Indias. Pareciera, sin embargo, que una comparación entre la introducción en Europa de paltas, plátanos y tomates, con la de la rueda, la lengua castellana y el cristianismo, en las Indias, adolece de limitaciones importantes.

dedicó a reconstruir en las Indias la única sociedad que le era familiar y cuyos lineamientos rectores eran el resultado de cruentas luchas con una larga genealogía de victorias sobre cuya justeza no tenía dudas y, de haberlas tenido, difícilmente las hubiera llevado a los pueblos americanos para su resolución. □